



LA HOJA de PARRA

EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60
Telégrafo LIBROJA

Apartado 547. - Teléfono 1843
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

CARAS BONITAS



MARCA
REGISTRADA

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth

JERONIMO GOMEZ

Camino del mercado.

EDUARDO ZAMACOIS

El tonto

FERNANDO MORA

Asturiana.

CESAR JALON

Un marido doctory vengativo

ANTONIO MORILLAS

Más cerca que Belmonte.

F. RESTREPO GOMEZ

Hojas de yerba.

TOVAR y RIDORIN

Varios dibujos y retrato de
Carmen Flores.



Carmen Flores

Célebre cancionista española que inaugurará el Teatro Romea con un repertorio que para ella han escrito nuestro colaborador Jerónimo Gómez y afamados músicos.

Biblioteca Regional de Madrid

5 cénts.



POR algo les decía á ustedes, hace dos ó tres semanas, que la invasión de nuestro territorio por las «medinetes» parisinas daría pronto sus resultados. En el reparto equitativo de esas lindas muchachas que vinieron á España en busca de trabajo, nos ha correspondido á Madrid un par de centenares, sobre poco más ó menos, y de esa cantidad, perdonen ustedes que les confiese la inmodestia de manifestar que á mí me ha tocado, y aun me sigue tocando, una que procede del ramo de la corsetería, y además es muy mona; de lo mas-mona que pueden figurarse, y eso que por allí lo son la mayoría.

La muchacha está desesperada porque aquí no hay quién la encargue un corsé; y eso que asegura que conoce todos los secretos del cuerpo. Sabe poner curvas don-

de sólo existen huesos, sabe bajar un abdomen hasta convertirlo en atrayentes caderas, sabe transformar unos pellejos flácidos en mórbidos senos, y además sabe hacer otras muchas más cosas, cuyo secreto guardo discretamente porque soy hombre que no me voy de la lengua ni aunque me aspen.

Pues bien, mi corseterita, que no tiene conmigo reserva alguna, y me abre su pecho todas las noches, tres ó cuatro veces lo menos, me ha dado á leer una carta íntima de una amiguita y compañera suya, que no tuvo valor para dejar París y allí permanece aguardando febrilmente que llegue el momento del ataque y defensa de la gran ciudad, y como yo soy un tanto indiscreto, me he permitido traducir libremente la epístola y he aquí parte de lo que contiene:

«No creas que los alemanes se han apoderado de Calais; al menos al escribirte ésta (11 de Septiembre) no había tal ocupación. Es un infundio de los alarmistas. No es tan fácil entrar en Calé. Eso ya me lo «calé» cuando circularon los primeros rumores. Y es que los teutones buscan á toda costa un nuevo Sedán, pero ahora se dan las contrarias.»

Por aquí, digan lo que digan fuera, estamos muy tranquilos y esperando con verdaderos deseos que llegue el momento de que vengan los invasores. Sólo nos bastamos las mujeres, para del primer empuje cargarnos una docena cada una, y que no tengan más remedio que evacuar más que aprisa.

De mí sé decirte que estoy nerviosa, aguardando poder machacarles los cascos á los prusianos y de patear á los wallones, cosa después de todo muy natural, pues ya sabes que á un valón todo el mundo lo trata á patadas.

Lo que ha venido á animarnos á todas las del taller que quedamos aquí, es la llegada de los refuerzos de nuestros aliados. Como la mayoría de nuestros hombres están en las operaciones de la frontera, empezábamos á entristecernos, pero ese des-

DISENSIONES MATRIMONIALES



—No pienso rebajar ni un ápice de mis pretensiones. Eso es muy poco.

—Pues yo, hijita, no puedo ofrecerte ni un milímetro más.

—Con esa cortedad no nos podemos entender.

—Tuya es la culpa, no haber estrado tanto.

ñile de ingleses, belgas, rusos, indios y negros, ha variado la situación y ya nos están consolando, contribuyendo más al enardecimiento la natural confusión de lenguas.

Nos han gustado una barbaridad los pintorescos trajes de los esoceses con sus piernas desnudas y sus faldas cortas. Pero no creas que las tienen tan cortas como parece así de primera vista.

Los coracos son magníficos. Fuertes, robustos, con unos morriones enormes. No tiene cada cual más que uno; pero, chica, abultan por un par, te lo aseguro.

Los cipayos, fornidos, atléticos, con sus barbas recias y pobladas que son su orgullo. Para nosotras es un entretenimiento muy agradable ver quién la tiene más larga; pero, hija, hasta ahora no nos hemos decidido porque todas parecen iguales.

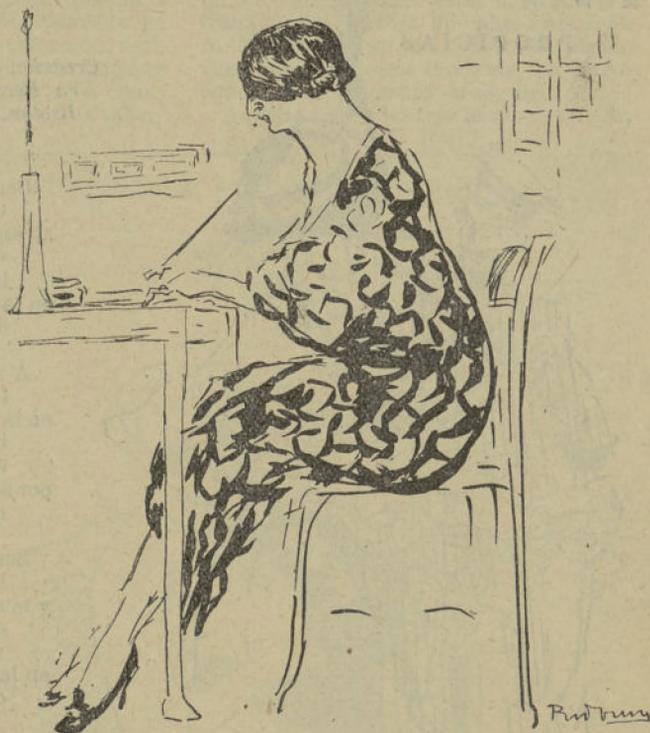
Los senegales asustan un poco al principio. ¡Tan grandes!, ¡tan feos!, y sobre todo, ¡tan negros! Pero cuando se fija una en lo simpáticos que son, entran ganas de decirle al primero que pasa por delante «¡Ay negro... de mi alma!»

No obstante, á los que esperamos con ansia loca es á los indios. La noticia de que viene una legión de ellos me estremece de placer.

Ya sabrás por la prensa que acompaña á las fuerzas expedicionarias nada menos que un maharajá y tres nababs. ¡Figúrate la que se ha armado en seguida en el taller! Estamos tan emocionadas que todos los corsets nos salen estrechos.

Sobre todo á mi me gustan á parecer por su color de cobre, y aunque puede que «cobre» por este capricho, sueño todas las noches con una de nababs que no

CUELTAS GALANAS



—«Querido Luis: Nuevamente te remito la cuenta del perfumista, por e la verás que he comprado tres frascos de perfume, seis litros de Colonia, un neceser para las uñas, pasta dentrífica, pomadas, horquillas, jabón y polvos para la cara.

Envíame dinero porque con los diez duros que me mandaste no me pagas ni si quiera los polvos ó las horquillas.»

tiene fin. ¡Menuda va á ser la maharajá que se va á producir el día de su llegada!

Para terminar te diré que aquí está muy en moda el preguntar á la gente en qué se parece el kaiser á una ciudad belga destruída por sus soldados.

Y el interpelado contesta rápidamente: —¡En Lovainal!»

Y ustedes perdonen el chistecito geográfico; pero conste que yo no se lo coloco á ustedes. Es la corsetería parisina que escribe á su amiga y compañera, que se encuentra en Madrid, falta de ocupación, según he tenido el honor de decirles al comienzo.

Un pequeño REPORTER

MODAS

PROPICIAS



—Y con el traje de boda, ¿te gustaré si llevo una falda tan abierta como ésta?

—Si, chica; cuanto más abierta mejor.

Biblioteca Regional de Madrid

Camino del mercado

(CANCIÓN)

Creación de la notable artista *Elvira Ferrero*, música de *Abelardo Bretón*.

I

Cruzando las montañas,
valles y prados,
airosas y resueltas
van al mercado
las aldeanas,
en las primeras horas
de la mañana.

A su paso les dicen
los campesinos:
en la ciudad acechan
muchos peligros;
estad atentas
por si torna vendida
quien va de ventas.

Sonrien maliciosas
las aldeanas,
y murmuran, al cabo,
con mucha gracia:
vana contienda;
en la ciudad no hay nada
que no se venda.

II

Invaden las colinas
sombas livianas,
y tornan silenciosas
las aldeanas,
soñando amores,
y hollando de los prados
sencillas florez.

Al salir á su encuentro
los campesinos,
á todas las muchachas
dicen quedito:
decid, ahora,
si comprar no quisieron
la vendedora.

Sonrien maliciosas
las aldeanas,
y contestan, al cabo:
sobraron ganas,
pero pretenden
nuestro querer en vano,
pues no se vende.

Jerónimo GÓMEZ

EL TONTO

Todos los mozos del pueblo temían á Pepe, el *Habanero*, hombre testarudo en sus empeños, dañino en la intención, ágil, fuerte y temerario en la pelea: así fué que nadie dudó que Rafaela sería suya cuando él repitió descaradamente en la taberna y ante la sospechosa camarilla de rufianes y matones que le acompañaban, que la moza, adorando en él, estaba resuelta á servirle de manceba.

La noticia dió pábulo á nutridos y poco limpios comentarios. Rafaela era mayor de edad y dueña, por consiguiente, de sus acciones. Pero Rafaela tenía tres hermanos, el primero de los cuales, Miguel, gozaba fama de ser hombre pundoñoso, altivo y de bien templados arrestos. Algunos preveían entre el *Habanero* y el primogénito de aquella familia, que siempre fué honrada, un lance trágico; otros más prudentes, aseguraban que Miguel, hallándose casado y con hijos, respetaría la libertad legal de su hermana, con lo que sabría escusarse de aquel empachoso fregado sin mengua de su quisquilloso y noble orgullo. Sea como fuere, todos estaban ciertos de que Pepe el *Habanero* lo

graría por la fuerza ó con suaves y cordiales amaños sus propósitos, añadiendo en plazo breve los azahares de Rafaela á la frondosa corona de sus conquistas.

Por su parte, Rafaela no se cuidaba de negar á sus amigas íntimas lo que los murmuradores aseguraban. Pepe la quería ciegame y si no la desposaba era por hallarse unido legalmente á una mujer de la que tuvo que separarse por incompatibilidad de voluntades.

—Si Pepe no se casa conmigo —decía

Rafaela fiando demasiado en la hidalguía del baratero—, es porque no puede: en mí, de consiguiente, está el ayudarle á franquear la barrera que ahora nos separa. Mi amor se atreve á todo. Si alguna vez él se resolviese á llevarme, yo no vacilaría ni un momento en seguirle.

Aquella noche los tres hermanos de Ra-

LA PAZ DEL HOGAR



—No he visto marido más pacífico. ¿Ven ustedes que le hago cosquillas? ¡Pues como si se las hiciese al vecino! Lo toma á risa y no se excita por nada.

faela discutían en un rincón solitario del Casino de Labradores. Ya era tarde; el salón estaba vacío; en una habitación contigua resonaban las tacadas y las risas de varios individuos que jugaban al bil'ar.

Miguel leyó una carta de Pepe el *Habanero* que él interceptó casualmente y en donde éste decía á Rosario que á la noche siguiente y á las dos en punto de su madrugada, se escaparían por la puercecilla de la huerta. Terminada la lectura, Miguel preguntó, mirando á Javier.

CHARLAS DEL CORTIJO



—Vamos, Manuel, que si fueran más jóvenes, ya les tendrías más miedo á los cuernos.

—En cambio los que lleva tu «Rafael» apenas tién cuatro años...

—¿Qué hacemos?

El interpelado quitóse con aire perplejo el ancho sombrero, rascóse los cabellos cortados al rape de su cabeza pequeña y cetrina, y no contestó: Hubo un largo silencio. Miguel prosiguió mientras sus dedos aporretados, temblorosos de cólera, procuraban liar un cigarrillo.

—A Rafaela, ya la conocemos; es voluntariosa; quiere marcharse y lo hará, á no ser que tú ó yo quitemos á Pepe de en medio.

—Y eso —interrumpió Javier— es imposible.

Esta respuesta sublevó al otro hermano, Evaristo, que era tonto y hemiplégeo. Entre sus labios abultados y entreabiertos, mojados siempre de saliva viscosa, su lengua gorda y torpe, balbuceó:

—Yo no... quiero... que á... mi hermana... nadie se... la... lleve.

Miguel le hizo callar tapándole la boca violentamente con una mano. El tonto rechazó aquella imposición desviando hacia atrás su cabezota pesada y triste.

—No... quiero —repitió— que... se la... lleven... No... quie... ro...

Echóse á llorar. Su frente pequeña se contraía de dolor, formando una larga li-

nea horizontal; la elefantiasis, dando á la mandíbula inferior proporciones monstruosas, desquijaraba la boca, esparciendo sobre todo el rostro una expresión repugnante de bestialidad; los ojos turbios se apagaban, refugiándose en el fondo de las cuencas; sus labios negruzcos lanzaban un grito inarticulado, un ronquido poderoso y sin modulaciones, que conocía todo el pueblo. Después calló, las manos apoyadas sobre las rodillas, el entrecejo fruncido, quieto y grave, como si discutiérase.

Javier, que era tímido, hablaba tratando de resolver á su hermano mayor á no estorbar los planes de Rafaela.

—Ella —decía— sabe, ó debe saber, lo que la conviene. Déjala; cada cual escarmienta en cabeza propia. Por mi parte, nada haré por traerla al buen camino. Yo tengo hijos y mujer, á quienes cuidar. Créeme: á la moza que sale liviana, no hay cerrojos que la guarden; y si hoy no se va con ese hombre, mañana huirá con otro. ¡Piensa en esto, Miguel!

Continuó hablando y sus egoísmos de hombre casado que ya empieza á disfrutar los goces de un porvenir tranquilo, le sugerían, en favor de su tesis, acertados

EN OTRO TIEMPO



—¿Te acuerdas de cuando éramos labradoras? Mira los haces que se cargan esos segadores.

—¿Cuántos te cargarías tú?

—Soy muy fuerte. Lo menos nueve.

—¿De una vez?

—No; uno por uno.

y poderosos argumentos. De cuando en cuando Miguel le interrumpía, apretando los puños.

—¿Pero y la honra, hermano? ¿Y la honra?

El tonto, escuchaba atento, entornando los ojos, como para dormirse. Javier continuó:

—Si tú, Miguel, buscas á Pepe el *Habanero*, ¿es para refir con él?

—Evidentemente.

—¿Y qué sucederá entonces? Que tú le matas, en cuyo caso irías á presidio, ó que él te mata; en ambos casos tu mujer y tus hijos quedarían sin pan. Vaya, nada de locuras; tengamos prudencia: ni tú ni yo somos amos de nuestras acciones.

Cuando salieron del Casino, Miguel ya estaba convencido de que ni él ni su hermano debían terciar en aquel asunto. Antes que la hermana son la esposa y los hijos.

—Tienes razón —exclamó—; tienes razón; nosotros no nos pertenecemos. ¿Qué remedio? Si Rafaela se marcha, me haré cuenta de qué ha muerto.

Entonces, el tonto empezó de nuevo á llorar: sus piernecillas delgadas y cortas medio consumidas por la parálisis, temblaban bajo el busto corpulento; quitóse el sombrero, y arrojándolo al suelo, comenzó á mesarse los cabellos.

—No... no quiero... —baluceaba— que se lleven á mí... her... mana...

Su desesperación inspiraba, á la vez, pena y risa; el ronquido de su dolor reso-

¡INDIRECTAS NO!



—Con cadetes como tú se puede ir á cualquier parte: siempre llevas el sable con funda.

—Si, querida tía; pero no me *con funda* usted con el primo Pepe, porque yo soy poco amigo de demostraciones...

naba en la quietud de las calles lúgubremente.

Durante el día siguiente Evaristo anduvo preocupado. Los ociosos que copeaban á la puerta de las tabernas le detenían para preguntarle:

—¿Tonto, qué te sucede?

—Que Pepe el *Habanero*... va á... escaparse esta... no... che con... mi hermana...

Iba sin sombrero, roto, manchado de barro, los ojos empuñados por el can-

Un momento después, la puertecilla se abrió con un leve chirrido, y bajo el marco aparecieron las siluetas de un hombre y una mujer. El tonto, que se había levantado ágilmente, se lanzó sobre su hermana, abrazándola estrechamente por la cintura.

—¡No... no... no quiero que te... vayas! —repetía.

Ella procuró desasirse, sin conseguirlo. El se echó á llorar. Pepe, furioso, no pudiendo apartarle de Rafaela, comenzó á maltratarle. El tonto, sin intentar defenderse, lloraba. Varias ventanas se abrieron.

Por el fondo de la calle se acercaban presurosos algunos bultos; el farol de un sereno, que llegaba corriendo, oscilaba en la sombra. Loco de cólera el raptor, sacó un cuchillo, con el que asestó al tonto varios golpes; Rafaela lanzó un grito; el tonto repetía:

—¡No quiero... que se la llven... no... quiero!...

Su voz iba debilitándose según la sangre se escapaba á chorros por sus heridas.

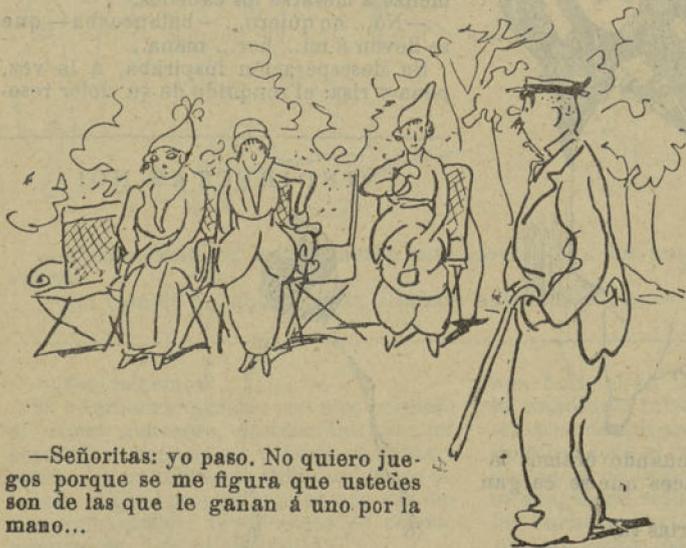
Viéndose perdido, Pepe el *Habanero* tiró su arma, dejándose prender sin resistencia. El tonto le miró; la agonía inmovilizaba ya sus ojos, y, no obstante, el orgullo de haber defendido con su cuerpo lo que ninguno de sus hermanos supo defender, daba á su rostro una expresión noble que nunca tuvo. Si él iba al hospital, el otro iba á presidio.

—Ya te dije —balbuceó dirigiéndose á su matador—, que no... te llevarías... á... mí... hermana.

Eduardo ZAMACOIS

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la
Imprenta de "Ediciones España,"
Paseo de las Delicias, 60.

DEL VERANEO PERMANENTE



—Señoritas: yo paso. No quiero juegos porque se me figura que ustedes son de las que le ganan á uno por la mano...

sancio de una noche pasada al raso; su llanto hacía reír á los niños. Por la tarde encontró en la plaza á Pepe, á quien rodeaban varios amigos. Aquél le llamó.

—¡Oye, tonto!... Ya sabes que esta noche tu hermana dormirá conmigo...

El desgraciado empezó á gritar:

—¡No quie... ro... no te... la llevarás; no quiero!...

Su dolor fué tan intenso, que le derribó y los circustantes tuvieron que acudirle, levantándole y llevándole á una botica próxima, donde le dieron agua.

Por la noche, el tonto fué á colocarse junto á la puertecilla del huerto de su casa, y sentado en el suelo, los lomos apoyados contra el bardal, esperó.

No había luna. En el reloj de la iglesia sonaron dos campanadas...

DE LA MARINA



—Adiós, vida, sé buenecito y no olvides que me quedo sin un perro.

ASTURIANA E

—Tiene usted una dentadura, mi reina, que es talmente las teclas de un piano... ¿Me deja usted que toque?

—¡Bobul...

—Verdá que sí; pero lo soy mirando su cara que es un clavel reventón, y sus ojos más negros que la antracita, y su cuerpecito sandunguero que...

No encuentran-
do similitud que cuadrarse al lindo talle de la bella asturiana, di encargo á los ojos de decir lo que faltaba y á los dedos de confirmarlo.

—¿Bailar, sí? ¿Eh?

—¡Buene!

Y bajo los castaños de esa aldea paradisíaca que dicen Somió, bailé con la gijonesa más bonita que parió madre y la asturiana masnonreidora y amable que pude encontrar

desde Llanes á Cangas de Tineo, eso que la poética Asturias es el vergel en donde mejor florece la sonrisa.

—¡A que se llama usted Aurora! —dige chulón.

—¿Y por qué, cristiano?

—¡Por la luz de los ojos!...

—¡Raba..., raba!.. Non me llamo así, llámome de otro modo.

—Si Arora no, Gloria seguramente.

—Tampoco; yé mi nome Zulima.

Los ojos negros, el pelo negro, el rítmico andar de aquella hembra que en mis brazos se mecía á son de las agrias notas de la absurda banda infantil, hiciéronme recordar con su nombre á Granada la bella...

—¿Pero es usted de *verdá* asturiana?

—De Gijón. ¿Por qué me dice eso?

—Cualquiera diría que Andalucía fué su cuna.

—Pues no.

De Mieres del Camino
era mi padre,
en Mieres del Camino
nació mi madre...

Con tanta dulzura tarareó la bonita *asturiana*, que no pude por menos de apretar más su talle y decirle muy cerca, muy cerca, que la quería, que de su mirar era esclavo, que por un beso de su boca diera, no lo que Boabdil, si cuanto guardaba mi maleta.

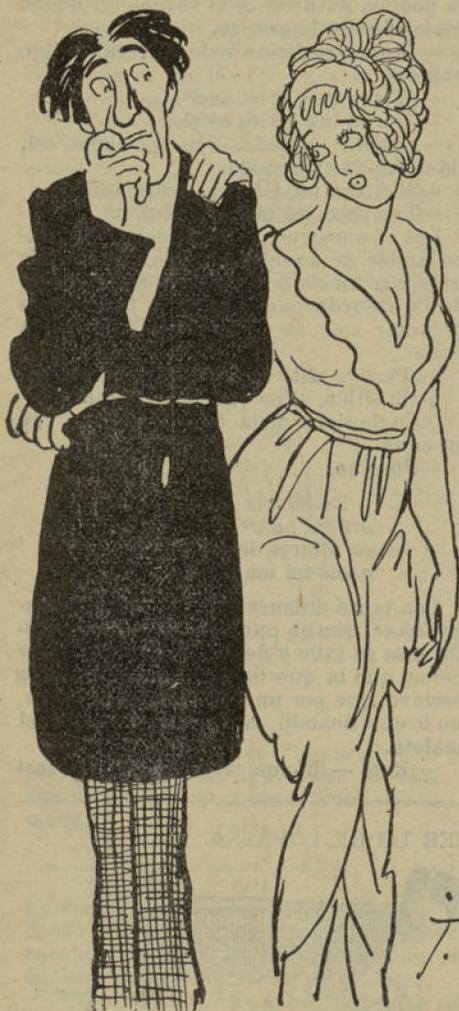
—¡Bah! —dijome tristoná — ¡palabras!

POR LEER LO DE LOVAINA



—¡Qué pesadilla más horrible! Toda la noche soñando que un hulano con una lanza muy larga me acometía furiosamente por todas partes.

LAS ARREPENTIDAS



—Anda, tontín, no te preocupes, que ya tienes bastantes cosas en la cabeza. ¡Te juro que no lo volveré a hacer!

Los homes son muy malos; mienten mucho...; juran querer hasta morir, y luego... ¡pobres mulleres!

Yo no sonreía; ya mis palabras no la animaban...

—¡Pobres mulleres! —repitió.

Bajo las pomaradas descansamos. La ofrecí sidra, no quiso beber.

—¿Me desprecia?

—No; es que... ¡ay! él también me dió sidre, y luego... ¡canalla!

¿Quién era aquella bella y escultural mujer que al conjuro de mis amorosos decires olvidó la sonrisa; esa bella sonrisa que es noble florón de las hijas de Pelayo?

La noche ayudó á mi curiosidad.

Camino de Gijón íbamos los bailarines. En mi brazo apoyó el brazo la muchacha.

—... huyó á América —exclamó—. Dijo que era para casarnos; yo le creí, le creí tanto, que caminaba con él por toós laus, igual por la verde loma de Sornió, que por el pedregoso camino del Musel.

Una tarde, la romería del Carmelo, me traje al igual sitio en que hemos estau, y luego, por igual sitio en que vamos ahora, me juró no olvidarme en jamás... Era muy de noche, tan de noche como ahora mismo...; yo no quería; él se empeñó, y fuimos por junto al río Piles, por la sombra del muro, mirando á la mar y allí ¡granuja! me hizo desgraciada...; después se fué á América... ¡Qué mal home!

¡Cómo lloraba la pobretina! ¡Qué dolor más grande! Quise consolarla; puse en mi lengua las más dulzonas frases, en mis labios los más callados besos... Ella seguía llorando.

Tras nosotros venían risas y cantares...

Les moces de la Calzada
pones tres pares de medies
pa que deguen los rapazos...
¡qué gordes tien les piernas...!

Y risa y bulla y contento y fiesta.

En tanto, mi trste amiga, caminando por igual terreno que un día caminara, admite, no sé si en recuerdo, no sé si en desagravio, mis besos y mis caricias más candentes.

—¡Te querré siempre! —dígola entusiasmado.

—¿No me engañará como aquél?

—Por mi vida que no...

El rugir del mar, borra mis palabras; la suave brisa, se las lleva muy lejos. Hace bien.

—¿Verdá que no me olvidarás como el otro? —pregunta la moza.

—¡Que no...! ¡Mi vida!

—¡¡Ay!!

Y en tanto que juraba en los labios de Zulima la inmensidad de mi amor, la mar iba dejando el nácar de sus olas sobre la playa de oro...

De lo lejos, y haciendo compás á mi fie-

bre de besos, llegaba la dulzura de ese cantar asturiano el más doloroso y bello de todos los cantares...

¡¡La soberana!!...
comísteme les cereces
y dejásteme la rama...

Fernando MORA

Un marido doctor y vengativo.

(A mi distinguido amigo el doctor Ortiz de Bombarda).

Aquella tarde, la sexta de mi enfermedad, el recargo de fiebre tomó considerables proporciones, hasta alarmar á mi ama de llaves.

Una cinta de hierro, oprimiéndome alrededor la cabeza, parecía anudarse en las sienas, en donde sentía yo clavar-se el férreo nudo. Mis mejillas despedían un fuego de volcán que subía en vaho abrasador hasta los ojos; yo las adivinaba rojas, recién encendidas por la fiebre.

También recién encendida, pero no por la fiebre, sino por mi patrona, la bombilla de mi habitación proyectaba sus débiles rayos gualdos —unos rayos de cinco bujías— enfocándolos sobre «mis radiantes pupilas y convidándome á beberlas».

Me mareaba. La estancia comenzaba á dar vueltas. El *Kempis*, mi libro meditativo, giraba igualmente encima de la mesa, pero sin que una hoja se despegase; no tenía vuelta de hoja. Y la figura, grácil,

en otro tiempo, y ahora abombada por efecto de mi fiebre, de una artista que fué mi devoción y que bendecía mis sueños desde su magnífico cuadro de caoba, bailaba, en la pared, una absurda zarabanda. Yo veía á la artista unas veces de pie y otras invertida; de cuando en cuando confundía á la artista con el cuadro de caoba que la encerraba y pensaba que el cuadro era de una artista y la artista de caoba.

Oí pasos; alguien se acercaba. Pase usted...

—¡Hola, doctor!

Mi médico, un hombre chiquitín, barbudo, de aspecto agorero avanzó hasta mi cama.

Había entrado descubierto porque muy exigua mi habitación y muy grande su interminable testa de hidrocéfalo, hubiese sido problema de difícil solución el de colocar su sombrero en mi cuarto.

—¡Veamos! — exclamó aplicándome el termómetro que me hizo ocultar bajo la axila.



—¿Sabes que Rodríguez va por ahí dándose tono de ser el amante de tu mujer?

—¡Qué idiota! Yo soy su marido y maldito si me doy importancia.

DESDE CASA A LA ESTACION



—Con eso y con que haya perdido el tren, he perdido todo lo que tenía que perder...

Transcurrieron unos minutos... El galeño, sin abandonar su pose de seriedad científica, clavaba en mí sus ojillos que brillaban en sus movimientos de rotación alrededor de las órbitas, abiertas, sin duda, con un punzón...

—¡A ver! —reclamó pasado un rato. Acercó el termómetro á la luz y su cabeza se balanceó, dubitativa, en un vaivén de mole:

—Malo, muy malo...

Y como entrase mi ama de llaves, repitió:

—¡Malo, muy malo, señora. ¡A 40! Esto se va por la posta. ¡Cuestión de una hora!

En opinión de mi médico yo me iba por

la posta y ¡a 40! Es decir que las postas de este doctor caminaban como los automóviles á 40 por hora,

—¿Y la lengua? —interrogó el doctor.

—Cuando yo entré esta mañana —repuso mi patrona— se la he mirado y la tenía dos dedos de gorda.

—Dos dedos, señora, no es una dimensión alarmante... Apuesto á que tiene más. ¡A ver, á ver, la lengua!

Y me hicieron sacarla como á un Toribio cualquiera.

A todo esto, yo me consumía. El doctor paseaba, cabizbajo, á lo corto de mi estancia. De súbito, paróse en seco. Yo, aun dentro de mi estado, le vi palidecer intensamente; la barba se le dobló hacia arriba (¡cosa más rara!) como en los días de vendaval; una mano fuera del pantalón, extendida en el aire, dibujaba una mueca de pánico; la otra la tenía dentro, y sus ojillos miraban siniestramente al retrato de mi amada artista:

—¡Ella!... ¡Ella!... —rezongó sordamente.

Después, en un acceso de cólera, descargó un puñetazo sobre el cuadro, el

LA ULTIMA CASETA



—Dice mi marido que soy el hada del mar. Y si seguimos aquí dos días, de que seré *hel ada* no me cabe duda.

crystal cayó hecho pedazos y se apoderó de la fotografía, que, en seguida, quedaba reducida á un puñado de confetti.

—¡Señora! ¡Señora! —llamó á grandes voces...

Acudió presurosa mi patrona.

—Ya está el diagnóstico —rugió el doctor—; ya sé de qué se trata. ¡Helo aquí! Y escribió picoteando unos garabatos menuditos: «Debilidad general».

¡Me moría de debilidad!

—Pero, ¿receta usted ó no? —apuntó mi patrona.

—Oh, señora, de ningún modo. Es incurable el mal. Como éste se me han muerto seis este mes. Esa mujer ¡que es la mía propia y legítima ante Dios, y de los demás, detrás de mí!; esa mujer cuyo retrato acabo de deshacer ensayándome para hacer otro tanto con su carne; esa infame mujer, separada de mí hace ya cuatro años, deja exangües á sus amantes... Este es el sexto que se me va de las manos este mes.

Mi patrona prorrumpió en sollozos.

Y yo, la sexta víctima en el trágico mes de mi amada, comprendí que iba á morir.

Y debió ser tanta la lástima que inspiré al doctor, que, aproximándose hasta mi oído, me dijo:

—¡Juro á usted que he de vengar su temprana muerte y la de esos otros infelices. Mañana haré las paces con mi mujer. En la primera enfermedad que la asista procuraré desplegar toda mi ciencia.

—¡Gracias, gracias mill! —murmuré, comprendiendo que en este doctor el deseo de curar era la muerte misma. ¡No sabía una jota! Ni siquiera adiviné que mi calentura obedecía á que llevaba tres meses sin ver á su mujer.

Me eché á reír y ordené á mi patrona que trajese una criada joven para mi asistencia. ¡Aquello era el delirio!

César JALÓN

Más cerca que Belmonte

Sí, queridos cofrades, mucho más cerca que el famoso torero sevillano. Mi amigo Pepito es un fenómeno doble en eso de arrimarse á las señoras.

Pepito Moyano, cuyo *compendio* físico le da cien vueltas al ruedo al mismísimo

Adonis (que en paz descanse), domina el agradabilísimo procedimiento de *hacerse* con la casada más huida y reservona, aunque ésta desparrame, se pegue á las tablas y lusque la querencia de sus *chique-*

LOS TRASNOCHADORES



—Aquí también debe estar todo ocupado. ¿Ves? No hay ni una mesa libre.

—Sí, sí. Esta noche los únicos desocupados somos nosotros.

ros. En esto de recoger con el engaño sonriánse ustedes de papá *Lagartijo*, de abuelito *Cúchares* y de todos sus más aventajados parientes por línea recta ó con trasbordo. Pepito Moyano cita, deja llegar, manda y recoge empapando más que la esponja de un cuarto de baño. ¡Un fenómeno!

No me arguyan ustedes, para desvirtuar el calificativo, que Pepito ha salido

volteado una barbaridad de veces. Todos los que se arriman como él, están expuestos al parte facultativo. Desde Paquiro á «Don Juan Tenorio», dos colosos de capa y espada, no se ha escapado nadie sin su correspondiente volteo. No es extraño, pues, que perteneciendo Moyano á la emocionante escuela del último de los citados matadores, se vea cogido con deplorable frecuencia. ¡Pero á ver si hay un flamenco que se arrime como él, y que, como él, emocione incorporando á los *tendidos*! ¡Ni el burlador sevillano, con ser su maestro! Porque ya recordarán ustedes que, después de la enorme faena del sofá, hecha casi toda con una rodilla en tierra, «Don Juan» cayó en el fracaso por su modo de

matar. Y aunque los revisteros de aquella época se contradicen al apreciar el final de la estupeda faena del matador de «Mejía». —pues unos dicen que «Doña Inés» estaba abierta cuando engendró el viaje, teniendo el «Tenorio» que pararse sin herir, y otros aseguran que la dama fué á la tumba *frigorigénica* con tres pinchazos en la cruz—, yo me contento con afirmar que «Don Juan» se entregó materialmente, tirando de repertorio con la pastueñ y bellísima chavala de «Don Gonzalo». Respecto á la estocada, me abstengo de emitir mi parecer toda vez que, según un rotativo de aquellos tiempos, «Don Juan» se desvió de la recta y le pinchó á «Don Luis» que estaba mal colocado. Pero, en fin, el caso es que si «Don Juan» tuvo un fracaso, no es de chocar que á Pepito le salgan los mansos cuando menos se lo piense.

NO VALE CEÑIRSE



—No sé ni cómo puedes moverte con ese corsé...

—Me molesta mucho, en efecto, y por eso me lo tengo que quitar seis ó siete veces al día.

No hace mucho tiempo, le cupo á mi amigo en suerte la lidia de una casada morena, zaina, un poco meana y con lo suyo en los lugares correspondientes. Moyano le salió al encuentro allá por los tercios de la Castellana, y clavando los pies en el asfalto, la obsequió con cuatro miradas ceñidas, un piropo vistoso y dos atrevimientos pegándose á los costillares. Todo en un palmo de terreno y exponiendo el físico... por la proximidad del esposo. La morena tuvo á bien huirse á los primeros capotazos, echando las manos por delante, y haciendo un extraño ante la frescura *garrafal* del intrépido Pepe. Pero recogió de tal modo, y expuso tanto, que la señora no tuvo más remedio que acudir al engaño, dejándose querer boyante y poderosa. Aquella tarde no se pasó del primer tercio. Todo se redujo á pararla los pies y á seguirla de un lado á otro, cuidando de las arrancadas del marido, que se encampanó dos ó tres veces. Pero una vez averiguada la querencia natural de Rosarito —que así se llamaba la morucha—, y sobornado que fué el alguacilillo que oficiaba de portero en la querencia mencionada, Moyano cambió los terrenos. Era preciso colocar un peón á la derecha para obligarla á tomar las varas de reglamento, requisito esencial para que se librase del tuesten... y del tango argentino. ¡No peguen! Buen director de lidia, Pepito se puso al habla con un banderillero, vestido de doncella *de servir*, la cual, toreando á punta de zapato —método rondeño para no hacer ruido—, introdujo á Moyano en la querencia natural. He de advertir que

Pepito había tirado antes tres ó cuatro largas... misivas, para quitar poder á Rosarito, y que ésta había entrado franca, sin deseos de coger, mostrándose por fin algo quedada... de acuerdo con los deseos del jacarandoso Pepe.

En estas condiciones ya, cuando la morena había sido banderilleada con tres pares de oficiosidades celestinas, por la doncella de turno, Pepito se dispuso á tirar del repertorio de los días festivos. La bravura de Rosarito le prometía una faena fenomenal.

Precedido de la doncella, Moyano llegó hasta la cara de Rosarito. Esta se hallaba pegada á las tablas de una elegante *chaisse-longue*; Pepe desplegó la sonrisa, retiró á la gente, y preparó un saludo con la derecha, vistoso y parado.

—¡Rosarito! —citó amoroso el joven Joselito.

—¡Oh, caballero!... —achuchó Rosarito—; es usted muy atrevido. ¡Si nos sorprendiera mi esposo!... Moyano dió una *espantá*.

—Creo que ha salido, si —dijo la morena—; ha salido á que le vea el médico... Pero si vuelve, porque ya sabe usted lo breves que son estas visitas, puede usted prepararse para ingresar en la enfermería.

Pepito se creció. ¿A la enfermería? ¡Un cuerno, teniendo unas facultades tan asombrosas! Y acto seguido dió un pase de pecho, precursor de dos naturales por la cara, y uno de cadera, engendrado de rodillas con su correspondiente *remanguilué*. Rosarito correspondía noble y pujante. La faena fué brutal; hubo un molinete sencillamente estupendo.

Pero Rosarito no cuadraba. Efectivamente, la *chaisse-longue* no era el sitio más apropiado para dejarse pinchar. Así lo entendió Moyano, y con frases de tirón, dando la cadera para consentir, consiguió que la morena le condujese á una habitación próxima, elegante y sumida en una semi obscuridad discreta. En aquel tendido de sombra, y toreando con ambas manos, Joselito reanudó su faena; una faena escalofriante por lo ceñida y parada.

Rosarito, rendida por el experto y enebador trasteo, cuadró por fin. Había llegado el momento de morir á manos de aquel matador eminente. Moyano quería encunarse.

Pepito lió. Sobre corto y por derecho, y mirando al morrillo, se dispuso á engendrar el viaje.

Pero en aquel momento,
—¡Déjala, Moyano, que me vais á aplastar! —dijo una voz que por lo opaca parecía salir de entre sábanas.

—¡Mi esposo! —gritó Rosarito.

—¡Los cabestros! —murmuró Pepito.

Y tirándose al callejón, huyó precipitadamente.

—¡Qué mala suerte la mía! —nos dice ahora Moyano al referirnos el lance—. ¡Dejarme coger por un manso con las facultades que usufructúo!...

Porque han de saber ustedes que mi amigo sufrió un varetazo en un muslo. Claro que sin importancia, pero que le impidió continuar la lidia.

Antonio MOBILLAS

HOJAS DE YERBA

VIEJO CANSANCIO

De Norte á Sur, de Oriente hasta Occidente con mi carga de melancolias, [dente no en busca de ruidosas alegrías, ¡tras un buen corazón únicamente!

Pasaron noches y pasaron días, pero del mundo en el bosque hiriente no pude hallar, desventuradamente, quien compartiera las tristezas mías.

Por eso al arribar á tus cerrojos te pido, Amada, por los dioses buenos, me dejes, cual consuelo á mis enojos; reposar mis cansancios nazarenos en las pampas azules de tus ojos ó sobre las colinas de tus senos.

F. RESTREPO GÓMEZ

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y COMPAÑÍA

RIVADAVIA, 695.—BUENOS AIRES

fallares particulares de Ediciones ESPAÑA (S.A.).

SEÑORAS

Para suavizar, refrescar, blanquear y sonrosar vuestra cara y brazos, usad con preferencia la acertadísima combinación de

CREMAS MUÑOZ

PRECIO

Crema color rosa. 2,00 ptas. tarro.
Idem blanca. 1,50

NOTA. Como garantía y sólo para dos meses, se venden pequeñas cajitas a 0,50 y 0,25 pesetas respectivamente.

De venta: Farmacia de San Vicente.—Calles de Cuarte, 81 y Dr. Monserrat, 17. Valencia.

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda. Reparte toda clase de periódicos y revistas

IMPRESA

DE

EDICIONES ESPAÑA (S. A.)

En esta imprenta se hace toda clase de periódicos, folletos, circulares, facturas, cartas comerciales á precios económicos.

PASEO DE LAS DELICIAS, 60

Departado 547. MADRID Teléfono 1.843

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros ó irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídanse gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Un consejo á las señoras

que padecen de rubicundeces, turgencia, etc. Tomar todos los días un Papel Yhomar disuelto en un vaso de leche ó agua muy azucarada, y desaparecerán esos defectos que afean el cutis y teniendo constancia obtendréis una piel fina, tersa y delicada como pétalos de rosa. Gayoso, Madrid; Gamli, Valencia, y en las principales farmacias bien surtidas.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por Giro ó transferencia ó UN dollar.

Los pedidos, con su importe, diríjense UNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMEIREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).

BIBLIOTECA PRIVADA.—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 pesetas